

LA FLOR DE LA AMAPOLA

Esta mañana he tenido que vestir a Amapola de prisa y corriendo. Y me ha costado sacarla de entre las sábanas, tan remolona como es. Siempre se hace la dormida y yo le doy besitos y le acaricio los brazos y le rasco la espalda. Al final, cuando le hago cosquillas es cuando no puede evitar reírse y disimula como si se hubiese despertado entonces.

Pero esta mañana no. Esta mañana ni caricias ni cosquillas. La tuve que levantar a la fuerza mientras madre me daba voces desde la cocina. Y no me dijo qué pasaba, solamente que la echase fuera de la cama y le pusiese el vestido nuevo, que no es nuevo, pero es el mejor que tiene, que solo se lo ponemos cuando nos llegamos al pueblo.

Ya no me hace gracia vestir a Amapola. Antes sí, pero desde aquello... Es que se me van los ojos a los pechos, que, aunque pequeñitos, ya los tiene muy hinchados. Y le han salido pelitos en sus partes, lo vi un día que tenía sangre entre las piernas y cuando llamé a madre me dijo que era cosa de mujeres, que la dejase a ella enténderselas con la Amapola.

Me dio vergüenza preguntarle de eso al Eusebio, el cabrero, pero no mucha, porque es muy muy viejo y sabe muchas cosas y es con el que mejor me llevo en la cortijada. Él me contó qué era eso de ser mujer, aunque yo ya sabía algo, pero no mucho. Por eso no me gusta ver desnudita a la Amapola, aunque sea mi hermana, me parece que no está bien, aunque el Eusebio me dijo que si no la tocaba -a punto estuve de darle un mamporro por pensar siquiera en eso- o después me tocaba yo, no era pecado ni nada malo.

Amapola tiene dos años menos que yo, pero sigue siendo una niña chica. Todo el mundo dice que es tontita, y a mí me cabrea que digan eso de ella. Aunque en parte sea verdad, que algo tiene, o algo le falta, que es rarita, vamos.

Padre me decía que Amapola era diferente, distinta a los demás, por lo que teníamos que quererla más y cuidarla y mimarla para que nunca se sintiese sola ni triste. Que Amapola es como una florecilla que necesita mucho riego, porque es más débil, más frágil que otras flores. Por eso yo la cuido desde siempre, y más desde que se lo prometí a padre la tarde que fui a verlo al hospital, el día que volcó con el tractor, ese cacharro que un día trajo el amo diciendo que quitaría trabajo y lo primero que quitó de en medio fue a mi padre.

Aún me acuerdo que ese día -padre estaba muy mal, tenía que acercar el oído a su boca para enterarme de lo que me decía-, me cogió del brazo muy fuerte y me hizo jurar que iba a tener ojo con Amapola, que en la finca había mucha mala calaña y que Amapola era muy bonita y ya mismo iba para mujer. Y me dejó el encargo porque a mí me tocaba ser el hombre de la casa... Y fue verdad, que murió esa misma noche.

Yo entonces no entendí lo que quiso decirme, aunque no hacía falta que me advirtiese que cuidase de Amapola porque siempre lo haré, sabiendo como sé que a madre no le hace mucha gracia. Se cuida de ella, pero como aguantándose, que yo no sé qué le habrá hecho la niña, si ella no tiene la culpa de haber nacido así, pero anda todo el día quejándose del trabajo que le da, de que no la deja ni a sol ni a sombra, y eso que yo procuro atenderla en todo menos cuando las faenas no me dejan, y aun así, cuando puedo, al ir a darle el pienso a los cerdos o el grano a las gallinas o a limpiar la cabreriza o los establos, me la llevo conmigo aunque estorbe más que otra cosa.

Amapola está a gusto conmigo, y antes con padre, y también con madre, pero menos, aunque no le gusta la demás gente, que se siente incómoda o así, ni siquiera se lleva bien con el Eusebio, y eso que él la quiere mucho y le lleva regalitos, cosas del campo y unas figuritas de animales que esculpe en madera con la navaja. Pero a Amapola le asusta la gente y babea y se pone nerviosa o se queda como muda

cuando hay alguien extraño a su lado. Amapola es Amapola, qué le vamos a hacer.

El barranco está ahora arriba, en el serrijón que da a lo de Aguaya, con otros dos guardias civiles y algunos hombres más. No sé quiénes, pero deben ser señores importantes por los aires que se dieron nada más bajarse del coche. Un coche enorme, negro, de ricos, que yo nunca había visto uno así, ni el del amo es tan grande. *El barranco*, que había llegado antes y llevaba un buen rato esperándolos con los otros dos guardias, los recibió tieso como un palo, y hasta el amo los saludó muy serio, casi haciéndoles reverencias, cosa que jamás le he visto hacer, ni pensé que pudiera haber nadie en este mundo capaz de empujarle a doblar el espinazo para eso. Madre ni se acercó a ellos, como si fuese poca cosa, como si no estuviese allí, y la verdad es que no se entretuvieron ni en mirarla siquiera.

Apenas soltaron palabra, algún gesto como de saludo todo lo más, y enseguida cogieron el veril que lleva hasta la cima del serrijón, madre la primera -digo yo que porque fue la que descubrió el cuerpo cuando buscaba hierbas en el altozano-, después *el barranco* y los civiles con el amo y detrás los del coche negro, más que serios, con cara de mala leche. Se les notaba que no habían venido por su gusto, o quizás tan solo estaban cabreados por tener que subir esa cuesta tan empinada, llena de cascajos sueltos y flanqueada de aulagas que pinchan como ellas solas.

Nosotros nos quedamos aquí abajo, en la era, y a la pizca bajó madre con cara avinagrada, retorciéndose las manos bajo el mandil, que parecía que le picaban o algo así. Me pareció que la habían despachado nada más decirles dónde estaba el cadáver, pero en lugar de contarme lo que pasó allí arriba se puso a mi lado y me miró de reojo, una mirada rara, como si quisiera preguntarme algo importante y no se atreviese. Pero dejó de mover las manos al acercarme a ella como queriendo hacerme ver que no pasaba nada, y se puso a hacerle carantoñas a Amapola, cosa rara en ella, que a veces parece que la niña fuese invisible.

Ramón está sentado sobre la pila de leños gruesos que estaba cortando antes de que llegase esa gente importante. Parece tranquilo, pero enciende un cigarrillo detrás de otro mientras chasca támara tras támara que luego deja en un montoncito a su lado no sé para qué.

Juan, el manigero, se había ido un rato antes montando la torda en busca de los demás, que andan en la parte baja de la finca a la siega. Salió a galope vivo tras hablar con el amo, que llevaba toda la mañana más arisco y bronco que de costumbre, por lo que lo despidió con unas voces que debieron oírse en toda la finca.

Amapola se acercó a mí. Sacó las tabas de la bolsita que llevaba anudada a la cintura y se puso a jugar con ellas soltando de vez en cuando esa risita como de campanillas que tanto me gusta. A cada rato tenía que limpiarle las babas con un pañuelito, porque cuando le chorrean le llenan toda la barbilla, le bajan por el cuello y le hace muy feo. A veces, se le sale la saliva por la comisura de los labios, pero no tanto, salvo cuanto está triste o irritada. Y hoy será por eso último, porque la verdad es que andamos todos como revueltos o asustados, o la mitad de cada cosa. Enervados, que diría el amo, siempre tan finolis, con esas palabras raras que utiliza y que yo a veces no comprendo y le tengo que preguntar que qué quieren decir. Y eso de "enervado" se me ha quedado porque esta mañana lo ha dicho varias veces hablando con madre en la cocina, antes de que empezase a llegar la gente.

Se lleva muy bien el amo con mi madre y hablan mucho y hasta pasean por ahí, por el prado o el aprisco, y a mí entonces me manda que deje lo que esté haciendo y atienda a la Amapola, que si no está conmigo va siempre tras sus faldas, y eso a madre no le gusta, que la espanta casi siempre a manotazos como si fuese una mosca cojonera, y yo me callo, pero la miro mal, y a veces me dice: *¿qué?*, pero con muy mala uva, y yo le respondo lo que me dijo padre de las flores y Amapola, pero ella ni caso, y no me gusta cuando se ríe diciendo que la niña de flor solo tiene el nombre.

Antes, cuando padre vivía, no andaba tanto madre con el amo, digo yo que será

porque ahora está sola, aunque nos tiene a Amapola y a mí, aunque sé que no es igual porque somos niños, pero no me parece bien tantos paseos y tanta charla con el amo, que digo yo que debería pasear con su mujer, que para eso la tiene, aunque esa viene poco por aquí y casi nunca sale de la casa grande. Será porque no le gusta esto y al amo sí. Yo no sé por qué, pero cuando los veo pasear juntos me acuerdo de padre y me entra una mala leche...

Yo estoy la mar de tranquilo. Y es raro, pensé que se me iba a notar algo e igual se sospechaban de lo que hice. Los demás no sé por qué están así, como con miedo o con fastidio. Igual es por *el barranco*. Por aquí nadie le traga. Es un mal bicho. La verdad es que a mí me da miedo, no me gusta cuando ronda por mi lado, ni cuando se acerca a madre o a Amapola, con esos ojos achinados que nunca miran de frente, y eso, padre siempre lo decía, no es de hombres de ley.

Eusebio, el cabrero, es el que más historias sabe de él. Historias feas, sanguinarias, que no sé yo si serán todas verdad. Pero le encanta contárnoslas cuando nos reunimos ante la lumbre. Yo, si está Amapola, le digo que se vaya a otra cosa, y si se queda le tapo los oídos porque, aunque parezca que no se da cuenta de nada, yo sé que entiende más de lo que parece y no me hace gracia que se entere de esas cosas tan malas.

Lo que sí debe ser verdad, porque lo cuenta todo el mundo, es que el apodo le viene porque cuando la guerra tiraba a los *rojos* atados de pies y manos por un barranco que había detrás del cuartel. Y la historia de los gitanos también tiene que ser cierta, porque el Ramón, que es medio gitano, le mira con una mala leche que a veces me hace pensar que se van a liar a puñaladas, y sé que si no se han enganchado más de una vez es porque *el barranco* lleva uniforme y no por otra cosa, porque el Ramón es muy largo de manos y no aguanta ni una, pero meterse con la autoridad... eso es harina de otro costal hasta para el Ramón.

El Eusebio dice que los gitanos -allá lejos, en las afueras del pueblo, viven muchos en unas casas de techos de uralita- lo temen como a una vara verde, y cuenta que una vez cogió a dos que habían robado unas caballerías y les sonsacó adónde las habían escondido a chorros de agua fría y dándoles golpes con la manguera. Y, a lo visto, uno de ellos murió de la paliza, que era primo o algo así del Ramón, y aunque la cosa viene de antiguo, esos dos no se pueden ni ver, aunque cuando se encuentran no pasan de mirarse con mala leche y chulería como desafiándose, y eso que el amo le ha advertido al Ramón que a la mínima lo pone de patitas en la calle, que ni un problema de manos en la finca y menos con *el barranco*.

A mí, todo eso como que no me hace ni pizca de gracia, ni me gusta saber de esas historias, sean verdad o mentira. Pero al *barranco* no hay más que mirarlo a la cara para saber que no es trigo limpio. Lo que no entiendo es que el amo, con lo relamido que es, tenga tratos con él. Que hasta de cacería salen juntos a veces. Aunque el Eusebio dice que algo pasó durante la guerra y que el amo se la debe al *barranco*. Y será por eso, digo yo.

Aunque el amo raro sí que es. No digo que malo, sino raro. Con nosotros nunca se porta mal, pero sé que padre no lo tragaba. No tengo muy claro el porqué. Sí sé que no quería que madre fuese a la casa grande a limpiar. Solía ir como dos veces por semana, al principio con el consentimiento de padre, pero después lo hacía a escondidas. Solo me enteraba yo porque, antes de subir, madre me decía que no se lo dijese a padre, que no quería que fuese porque decía que ya tenía el amo una sirvienta para eso, pero que lo hacía porque necesitábamos dinero extra. Yo nunca dije nada, pero no entendía que se arreglase tanto para limpiar y que tardase tan poco, ni una hora echaba, pero si nos hacía falta el dinero no sé por qué a padre le disgustaba tanto que se fuese para la casa grande.

El amo se portaba muy bien con la niña. Pagaba los médicos y todo, pero un día escuché a padre decirle, muy enfadado, que le iba a devolver peseta tras peseta, que

solo eran préstamos. Y el amo se encogía de hombros como si no lo escuchase, diciéndole que la niña necesitaba cuidados y qué de malo había en que los pagase él. Y eso pensaba yo entonces, que qué de malo había. Pero hoy, sabiendo lo que sé, me parece que padre tenía razón, por eso decía muchas veces que en cuanto encontrase otro trabajo nos iríamos de allí, que aquello era una puta mierda, que estaba harto de vivir entre maleantes y sinvergüenzas. Y yo, cuando padre se ponía así, cogía a Amapola y la sacaba de la casa y nos íbamos a la era, a la otra punta, para que la niña no lo escuchase pelearse con madre ni los tacos tan gordos que soltaba.

Si no llega a ser por el accidente, igual no vivíamos ya en la cortijada, porque padre me dijo un día que ya mismo nos marchábamos, pero como murió...

Ahora, aunque no está padre, vivimos mejor que antes, que no nos falta de nada porque el amo le regala muchas cosas a madre. Le regala de todo, de comidas y así y cosas de esas de las mujeres, pinturas, vestidos bonitos y hasta bragas, que yo lo he visto, pero lo que no me parece bien es que le regale esas cosas sin ser su marido ni nada, pero me callo.

Llegó al atardecer un día negro y ventoso hace ahora un año. Llevaba una maleta tan oscura como los nubarrones que cubrían el cielo. Los perros lo anunciaron con aullidos, como si se hubiesen vuelto locos. Me costó un montón callarlos y aun así siguieron gruñendo por lo bajo durante un buen rato. Tuvo que subir a la cortijada andando, un largo trecho desde la carretera donde me imagino que lo dejaría algún coche. Y se plantó allí, en mitad de la era, mirando a su alrededor como desafiando a todo quisqui viviente. Yo, nada más callar a los perros, me fui a la cocina en busca de madre que trajinaba con la perola. No sé por qué se me metió el susto en el cuerpo nada más lo vi. Tan alto y delgado, con esos ojos rajados muy pequeños que miraban raro.

Madre salió a recibirle, y por la cara que puso supe que tampoco le gustó nada. El hombre preguntó por el amo con una voz ronca que me amedrentó aún más. Madre le dijo que hasta la tarde no llegaría -señalándole la loma donde está el caserío en el que viven a temporadas el amo y su familia-, que se pasase después, pero él le contestó que lo esperaría allí, por lo que lo hizo entrar en la cocina, me pareció que muy a disgusto. El hombre se sentó a la mesa sin pedir permiso mirando a su alrededor como si aquello fuese suyo, y a madre de una forma que me dio hasta coraje. Yo me senté en el otro extremo y me quedé callado y quietecito, pero sin quitarle la vista de encima, intentando que no se me notase mucho la tembladera que tenía en las piernas. Metí la mano en el bolsillo y agarré fuerte la navaja que padre me regaló en mi último cumpleaños, más por darme ánimos que otra cosa, pero aliviándome pensando que los gañanes estarían al llegar. Pero por si acaso, me dije...

Madre le puso un vaso de vino delante y a mí una escudilla repleta de caldo con tropezones de carne. El hombre entonces se levantó y se puso delante de mí, sacándose de la parte de la cintura que da a la espalda una enorme navaja que abrió despacio, resonando la carraca con un crujido que me dio miedo. Estuve a punto de mearme en los pantalones y miré a madre con ojos tan aterrados que se apresuró a ponerse a mi lado y a revolverme el pelo como diciéndome que no pasaba nada.

El hombre se quedó un rato mirándome con descaro y después pinchó un trozo de carne de mi plato y se lo llevó a la boca. Nos sonrió con una sonrisa fea de boca mellada, como disfrutando de vernos atemorizados. *Me llaman el faca*, dijo con la boca llena poniendo ante nuestros ojos la navaja. A mí se me pasaron las ganas de comer, y madre se quedó de piedra, sin poder apartar los ojos de aquella navaja tan grande.

Entonces los perros comenzaron a ladrar y al momento se escucharon voces y risotadas en la era. Eran los gañanes que venían al almuerzo. Suspiré aliviado, cogí mi plato y me quité de en medio, apoyándome en un rincón del poyo mientras madre se

apresuraba a dejar la perola sobre la mesa -*el faca* no hizo intento de ayudarla-, esparció por el mantel un puñado de cucharones de madera, puso dos hogazas de pan a los lados y se vino a mi lado con su plato.

Los primeros en entrar se quedaron mudos de repente, mirando con recelo a aquel extraño de pinta rara. *El faca* ni se inmutó. Cortó con la navaja una gruesa tajada de la hogaza que tenía más cerca y después pinchó otro trozo de carne dejándolo quieto unos segundos frente a su boca con gesto chulesco, como esperando que alguien le dijese algo, igual para meter bronca, hasta que se tragó el tasajo de una vez, limpiando después la navaja en una rebanada y cogiendo un cucharón, mismamente, como si llevase toda la vida en el cortijo.

Un minuto después estaban los gañanes de pie alrededor de la mesa como tenían por costumbre, metiendo sus cucharones en la perola. Eso sí, sin las prisas de siempre y sin armar alboroto, cosa rara en ellos, como si *el faca* les infundiese respeto o algo así.

En esas llegó Juan, que se paró un instante bajo el dintel antes de entrar en la cocina. Apartó de un empujón a uno de los gañanes y se puso en su lugar ante la mesa. Comenzó a coger trozos de carne -al igual que hacía *el faca*- pinchándolos con su navaja tumbera en lugar de hacerlo con el cucharón. Estaban enfrente uno del otro, y hasta yo me di cuenta de que alguna vieja cuenta tendrían que saldar esos dos que sin duda se conocían, porque se desafiaban con los ojos como hacen los perros antes de enzarzarse en una pelea. Yo no podía apartar la vista de los aceros, que se movían como entrecruzándose. Y supe, supimos todos los allí presentes, que aquello no iba a acabar bien.

A la tarde, cuando llegó el amo acompañado de padre, que venían de visitar otras tierras que el amo tenía, le dijo a todo el mundo que *el faca* era el nuevo mayoral, y le ordenó a padre que le hiciese sitio en el algarín, que desde que la aceituna no se molturaba en la hacienda servía de vivienda para el cabrero y refugio para los gañanes que querían hacer noche en la cortijada. Nadie volvió a hacerlo desde que *el faca* se aposentó allí, y el Eusebio no volvió a aparecer por la finca. Ni tan siquiera vino a recoger las cosas que se había dejado.

Amapola está insoportable. Ya no sé qué voy a hacer con ella. Es verdad que no puede parar mucho tiempo en el mismo sitio, y que no sé qué hacemos todavía en la era. Le he pedido permiso a madre para llevarla al aprisco, para que corretee un rato tras las cabras, eso que tanto le gusta, pero me ha mirado como si hubiese dicho algo malo y me he tenido que callar.

Le he dado una lagartija para que juguete con ella, que le hace mucha gracia verla corretear sobre su cuerpo, a ver si se entretiene un rato y deja de dar la lata. No quiero que dé el espectáculo entre tanta gente, y menos ahora que ya bajan por la vereda *el barranco* y los demás.

A ver si por fin podemos largarnos, que voy ya cagado de miedo porque temo que se me acabe notando algo o que a Amapola se le ocurra soltar lo que no debe, aunque pienso que no se enteró de mucho y no creo que tampoco la escuchen si dice algo con esa medicilla lengua que se gasta, porque se la entiende poco.

Hace rato que se llevaron *al faca* en un coche de los muertos y ahora están todos esos señores importantes en la casa, con el amo. Nosotros seguimos en la era.

Aquí nadie habla, nadie dice nada. Se miran unos a otros, miran hacia la casa y callan. Están todos así desde que el amo dijo que esperásemos, que nos llamarían uno a uno para interrogarnos, que supongo querrá decir preguntar cosas sobre lo que ha pasado, aunque esta vez no me he atrevido a preguntarle al amo si de verdad quiere decir eso.

Yo ya estoy más que harto de esperar, y no sé cuánto tiempo tardará Amapola en hacer alguna de las suyas. Por lo pronto, ya ha tenido madre que entrar en la casa

con ella para asearla porque se ha hecho sus cosas encima. Madre se ha enfadado mucho y la ha regañado y no me ha escuchado cuando le he dicho que es cosa de los nervios, de llevar tanto tiempo aquí sin hacer nada y con tanta gente alrededor -no le gusta a Amapola estar con tanta gente-. Madre sabe que hace mucho que no hace eso y que no ha sido culpa suya, pero le ha debido de pegar, porque al salir de casa mi hermana tenía los ojos llorosos y una parte de la cara encarnada. (A Amapola nunca se le caen las lágrimas, se le quedan en las cuencas de los ojos pero no le salen de ahí, como aquel día cuando la vi salir corriendo de la cabreriza con el vestido a medio abrochar, poco antes que saliese *el faca* remetiéndose los faldones de la camisa por los pantalones con cara de becerro harto de pienso).

Ya sí que estoy enrabiado -aunque menos que aquel día- porque pienso que la culpa de todo esto, más que del *faca*, es del amo con sus trapicheos, que el Eusebio decía verdad: muy finolis y estirado, mucho parné y muchas leches pero no es hombre de fiar, que él sabrá las burradas que hizo en la guerra y, si no, a santo de qué tanta gente de mala catadura -todavía no me he enterado bien de qué es eso- metida en la hacienda. Qué razón tenía el Eusebio cuando decía que presentía alguna desgracia rondando la finca, que se veía llegar.

En eso sí que estoy tranquilo. Porque sé que no ha sido culpa mía. Hice lo que tenía que hacer. Amapola es mi hermana, lleva mi misma sangre, es a quien más quiero en este mundo, incluso más que a madre, y no podía permitir que *el faca* se fuese de rositas después de lo que le hizo.

No tuve más remedio que hacerlo así, a las bravas, aunque fuese por la espalda, porque qué iba a decir Amapola que de eso no sabe, y nadie de testigo, porque yo no vi nada pero sí sé lo que pasó, fue porque me fijé en la sangre que le corría a Amapola por los muslos y le tuve que limpiar sus partes, como cuando se ensucia encima, pero no le pude sacar palabra. Y desde ese día, cuando veía *al faca*, temblaba y se le caían las babas y se le llenaban de lágrimas las cuencas de los ojos y le daban ataques, aunque nadie sabía del porqué menos yo. Por eso me resolví a hacerlo, para que no tuviese que verlo nunca más. Y ni me arrepiento ni nada de eso y, si cuando muera tengo que ir al infierno,... pues voy.

Tan solo lo siento por Juan, que se lo han llevado no sé si detenido o para seguir interrogándolo. Espero que no le pase nada, es un buen hombre, pero si supiera lo que ha ocurrido seguro que me comprendería y me perdonaría por no contar lo que pasó.